

DOCE RELATOS URBANOS DOCE VOCES AFRICANAS

Zoe Wicomb, Véronique Tadjo, Trifonia Melibea Obono,
Théo Ananissoh, Noo Saro-Wiwa, Nii Ayikwei Parkes,
Ken Bugul, Edwige-Renée Dro,
Chimamanda Ngozi Adichie, Boubacar Boris Diop,
Armand Gauz y Antonio Lozano

Traducción de Iballa López Hernández, José Luis Márquez, Sandra
Moradell Cabello y Ángeles Jurado Quintana

Edición de Ángeles Jurado



CASA AFRICA

EL EDIFICIO CHUNGKING

Noo Saro-Wiwa

Traducción de Sandra Moradell Cabello

Si un extraterrestre visitara la Tierra y se le exigiera que mostrase un microcosmos de la humanidad, envíelo al Edificio Chungking, en el extremo sur de Kowloon, en Hong Kong.

Es un lugar donde el este se encuentra con el oeste y con el resto del planeta. Casi ciento treinta nacionalidades ocupan este elevado edificio cerca del puerto de Victoria, en Tsim Sha Tsui; es una verdadera Torre de Babel. Refleja lo que pasa cuando las personas, el trabajo, el dinero y los bienes pueden moverse con relativa libertad. Dentro de las paredes de sus diecisiete pisos se mezclan graduados, empresarios, solicitantes de asilo, estafadores, artistas, traficantes de drogas, adictos y empresarios convertidos en adictos.

Chungking aparece casi sin previo aviso.

El camino que conduce hasta el edificio es un cañón de rascacielos de hormigón, plagado de carreles y neón, donde los veteranos de Hong Kong se sacuden de encima, despectivamente, a sus compatriotas adinerados llegados del continente. Más adelante, entre una tienda Rolex y un hotel de lujo, se alza un antiguo inmueble de los años sesenta, lavado por las lluvias tropicales. Una docena de indios se agrupa en los escalones

de la entrada y molestan a los peatones con incesantes ofertas de alojamiento. Detrás de ellos, en la planta baja, prospera un emporio de electrónica, arte *amateur*, comida y cambio de divisas, regentado principalmente por hombres que provienen del sur de Asia. Sus mujeres no aparecen por ninguna parte. Es una mini Calcuta, caliente y húmeda, donde el olor del pollo *biryani* difriza el perfume de la masculinidad sudorosa.

En la parte posterior hay un grupo de tiendas de ropa africana y bares improvisados. Allí fue donde conocí a Peter, un ghanés de piel oscura con una hermosa sonrisa. «Si le preguntas a un africano si ha estado en Hong Kong y te responde que sí, entonces pregúntale si ha estado en el Edificio Chungking», me expuso Peter. «Si te dice que no, entonces no ha estado en Hong Kong. ¡Es mentira!», y ríe.

Peter es uno de los miles de africanos y asiáticos del sur que viven o pasan tiempo en el Chungking. Los africanos llegaron, al principio, para comprar teléfonos y otros pequeños productos electrónicos básicos, antes de que Guangzhou superara a Hong Kong como su centro de exportación y producción. Hubo un tiempo en el que el veinte por ciento de todos los teléfonos móviles utilizados en África subsahariana pasaban por este edificio.

Peter llegó a Hong Kong en 2004 para estudiar diseño. «Sinceramente, no conocía a nadie aquí. Vine con 200 dólares, ¿puedes creerlo? Simplemente confíe en Dios y recé. En el momento en que llegué a TST [Tsim Sha Tsui], vi a muchos extranjeros, ¡Dios mío! Me quedé. Desde por la mañana hasta las dos de la tarde no se ve a ningún negro por aquí. Llegan por la noche».

Los africanos sin visado tratan de eludir los controles policiales que se desarrollan durante el día. En muchas ocasiones, se evaden de los agentes de inmigración gracias a amigos que les avisan de su llegada por el móvil. Hay un montón de recorrecos para esconderse en este laberinto de habitaciones: hubo una persona con el visado caducado que se ocultó en el Edificio Chungking durante trece años.

«Vivo aquí desde hace mucho tiempo», me contó Peter. «Conocí a un tipo. Me dijo que había muchos ghaneses aquí. Le saludé. Su nombre es Rams. Rams es todo para nosotros, nuestro padre».

Los ojos de Peter se iluminaron ante la mención de Rams. Rams era el gerente de una de las casas de huéspedes situadas en los pisos superiores del Chungking. Rams le alimentó y lo dejó dormir en el suelo del hotel, junto a la recepción. Por las mañanas, Peter ayudaba a limpiar, y a la hora del almuerzo, cuando llegaba el jefe chino, se escondía en un hueco al final del pasillo.

Peter quería obtener la residencia en Hong Kong. Comenzó a salir con una mujer china y finalmente, se casó con ella. «El matrimonio no era realmente de corazón, pero no tenía otra opción», me confía. «Las culturas china y africana son totalmente distintas. No pudimos competirnos. Así que, tras cinco años, ella solicitó el divorcio. No nos peleamos, ni tuvimos ningún problema. Pero fueron los padres. Los padres no nos aceptaban. Ese fue el obstáculo a lo nuestro».

«¿Conociste a sus padres?», le interrogué.

«Por supuesto. Pero me rechazaron».

«¿Por qué te rechazaron?»

«Dicen que nosotros, los africanos, dormimos en los árboles. Ese prejuicio está en su cabeza. Te darán comida, te darán todo. Pero cuando te sientes con ellos y empiezas a aprender bien el idioma y seas capaz de escuchar y entender su conversación... ¡Oh, Dios mío!»

«¿Qué decían?»

«Dicen cosas como: *estos tipos, sabes que no te aman, solo están aquí por la residencia y después de obtener su residencia se divorciarán de ti y se casarán con su gente. Ten mucho cuidado: son ladrones ¡No son dignos de confianza!* La madre de mi ex esposa decía cosas como: *Debes tener cuidado con estas personas porque en su país practican la poligamia. Y seguro que tendrán una esposa en casa. No tenía ninguna esposa en casa. El problema es que ven estas cosas en la tele. No fue fácil.*»

Peter continuó estudiando diseño de interiores en una universidad de Hong Kong. Hasta el momento, no había encontrado trabajo en ese sector y por eso se empleaba en el sector del transporte.

La vida era buena, mejor que en Ghana, me contó. Se daba una cierta facilidad material para la existencia. Estuvo de vacaciones a Tailandia, Vietnam y Filipinas; tenía amigos de todo el mundo.

Peter sugirió que me quedara en el Edificio Chungking, ya que era más barato que mi hotel actual. Al principio me resistí a la idea, pero pronto me convertí en una cliente habitual.

La escalera trasera del edificio se alfombraba con cagadas de paloma. El graffiti de la pared gritaba: «Vete a la mierda, policía de Hong Kong». Un día cualquiera en esa escalera, uno podría tropezarse con artistas sudfricanos, adictos nepaleses a la heroína, trabajadoras sexuales indonesias y africanas, sirvientas filipinas en sus días libres, exportadores kenianos y nigerianos y pandilleros paquistaníes. Ocasionalmente, la policía de inmigración se paraba en los escalones, con las piernas separadas y luciendo sus boinas y camisas azules, esperando atrapar a los que no tenían visado. Y cuando se retiraban, un trío de hombres indonesios o árabes ocupaba su lugar, sentándose con las piernas cruzadas, en círculo, y consumía drogas. Siempre murmuraban «hola» o me seguían con la mirada vidriosa, en silencio, cuando pasaba por delante de ellos.

En los pisos de arriba proliferan oficinas, pequeños restaurantes y casas de huéspedes administrados por personas de varias nacionalidades. Cada espacio es un universo en sí mismo: detrás de una puerta clausurada hay un restaurante nigeriano sin nombre, del tamaño de una habitación triple, que sirve garrí, sopa de okra y ñame. En otro piso se sitúa el Delhi Club, que emite los sonidos y olores de Mumbai.

«Si un extranjero te roba, espera aquí todos los días y te lo encontrarás», sentenció Peter. «Porque si no vienes aquí, no podrás probar la comida de tu país».

El olor a curry se filtra en el tejido del edificio, los aparatos de aire acondicionado lanzan aire con sabor a cardamomo en todas las habitaciones. Sin embargo, tus fosas nasales lo toleran todo porque tu billetera no puede costearse ningún otro lugar en esta parte de Hong Kong. Las casas de huéspedes del Chungking, aunque son de propiedad china, a menudo son administradas por indios, paquistaníes o africanos. Esto genera un choque cultural interesante en la clientela: mochileros israelíes y personas así, que se encuentran de viaje por el Lejano Oriente, se resisten a alojarse al ver que todo el personal y los administrativos del hotel son africanos. Quieren cancelar, pero no pueden: las reservas no son reembolsables. De esta manera, estos turistas se ven obligados a una forma de terapia de exposición.

Meses después, en el ascensor, conocí a Samson, el gerente de una de las casas de huéspedes del piso superior. Era un nigeriano alto, larguirucho, con una cara de rasgos platónicos y más de 50 años encima, ante el que me derretí de inmediato. Me invitó a una habitación desocupada donde charlamos como hermanos, sentados cada uno en una cama gemela.

Samson no siempre había trabajado en el negocio hotelero. Anteriormente, se dedicaba a exportar textiles desde Hong Kong. Sin embargo, las fábricas se mudaron a China y ahora algunos vendedores chinos comercian con las telas en la propia Nigeria, hundiendo de paso los negocios locales. Samson decidió instalarse en Hong Kong y administrar este hotel.

«Hong Kong es muy tranquilo», aseguró. «Si te ocupas de lo tuyo y tienes un pequeño negocio, te puede ir bien».

Cada diciembre regresa a Nigeria para visitar a la familia.

«Tengo cuatro hijos en Nigeria. Y me casé aquí», relata.

«¿Tuviste que divorciarte de tu esposa en Nigeria?», inquirí.

«No, mi esposa todavía está en Nigeria. Tengo otra esposa aquí.»

«¿Tu esposa china lo sabe?».

Sansón se encogió de hombros. «Ella sabe que tengo hijos allí, así que no hay problema».

«Pero, ¿se te permite tener dos esposas?»

«Déjame decirte algo: si quieres hacer cosas, necesitas usar tu cabeza. Necesitas utilizar tu inteligencia, ¿entiendes lo que quiero decir? La mayoría de las personas que se casan aquí ya tienen familia en Nigeria. En mi tribu, los yoruba, desde los 20 hasta los 25 años te vuelven loco: *Cásate, cástate*. Si llegas a los 30 y no te has casado... ¡guau! ¡Tu familia organizará una reunión para interrogarte! *¿Por qué no estás casado? Cuéntanos, ¿cuál es tu problema?* [Samson se ríe]. Ya conocía el sistema de Hong Kong antes de quedarme. Presentas un certificado de Nigeria que confirma que te has divorciado. Y punto. Pero mi esposa aquí lo sabe todo [aplaudef]. Si amas a alguien, pregúntale, si quieres; si no quieres, no lo hagas».

«¿Te ama tu esposa de Hong Kong?», le interrogué.

Samson frunció el ceño con curiosidad. «¿Por qué? ¿Por qué no me iba amar?».

«Entonces, ¿es un matrimonio por amor?»

«¡Yeaaaah!, rugió con una sonrisa.

«Pero tu esposa en Nigeria sabe que te casaste por amor?»

«¿Por qué no iba a saberlo? Déjame que te hable de mi tribu. Vengo de una familia cristiana autntrica, ¿entiendes? No podemos casarnos con dos esposas. Pero mi mujer viene del estado de Ogun?. En su familia son todos musulmanes. Así que tienen muchas esposas. Su padre tiene cuarenta».

Yo estaba realmente sorprendida. «¿Cuarenta? ¿Quieres decir cuatro cero o catorce?».

«Cuatro cero! Mi esposa es su última hija. Ella es la número 99, ¡te lo estoy diciendo! Cuando le cuento a mi esposa cómo está la situación en Hong Kong y que necesitamos cuidar a los niños... Ella tiene que aceptarlo. No hay problema».

«¿Así que los niños lo saben?». Otra pregunta estrupida de mi parte.

«¿Por qué no lo iban a saber? No hay ningún problema. Vuelvo a casa (a Nigeria) cada diciembre».

Los hijos de Samson nunca habían visitado Hong Kong,

7. Región autónoma de Nigeria.

pero él quería que el más pequeño, un niño de once años, viniera a la ciudad. «Incluso mi esposa china dice que debo traerlo. Lo hemos intentado, pero ella no se queda embarazada. No tiene ningún bebé. Todo está en la mano de Dios. Su madre también opina que deberíamos traer a mi hijo. Así mi esposa puede cuidarlo, puesto que ella no tiene».

«Pero entonces su madre tendrá un niño nigeriano», comenté. «¿A ella no le importa?».

Samson se echó a reír y aplaudió de nuevo. «¡Nooooo! No hay problema. Déjame decirte: la vida es muy simple si puedes entenderla. En Nigeria a mis hijos no les falta nada. No tienen problemas, viven en paz. Si necesitaran un dólar y no lo tuvieran, oh, ¡estás gastando dos dólares en otra persona aquí! Ahí es cuando pueden surgir los problemas. Intenta hacer lo mejor para la familia. Si no les falta nada, todo está bien. Solamente si no comen, se pueden quejar de que tienes otra esposa. ¿Entiendes lo que te quiero decir?».

Sentía curiosidad por las relaciones raciales. ¿A los chinos no les disgustan los negros?

«¡Nooooo! ¡Eso era antes! Ahora, no. Incluso mi esposa me dice que una de sus amigas está interesada en los negros. Porque los hombres chinos... cuando su esposa llega a los 30 o 32 años se buscan otra. Por eso no les gustan sus hombres. Cuando ellas superan los 30, ellos se van a China y consiguen una chica más joven. Todos los hombres de Hong Kong van a China. Porque allí hay muchas chicas.»

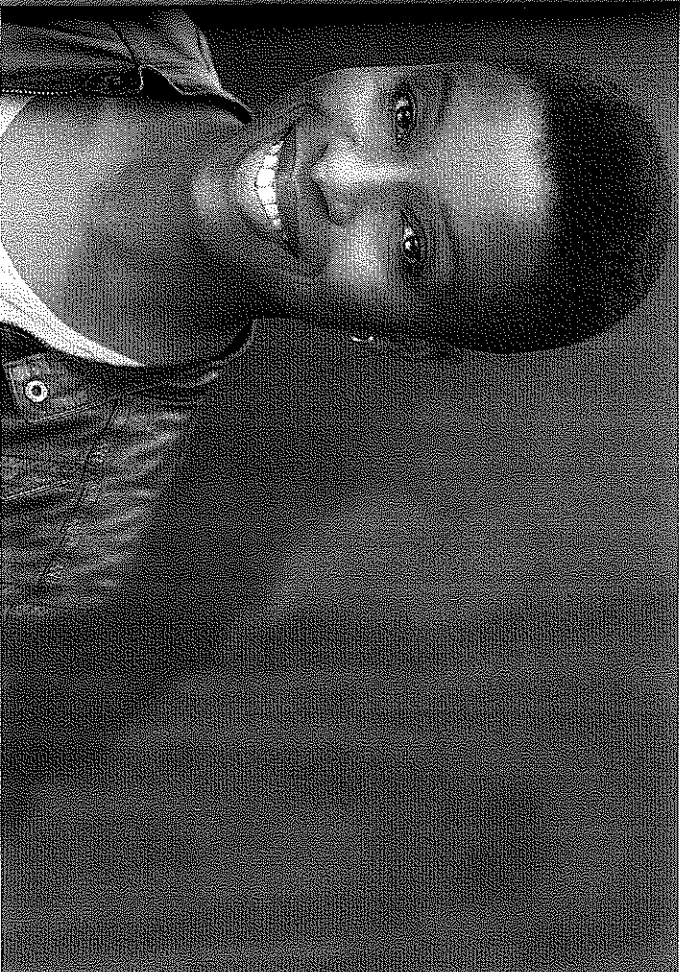
«¿Como novias, prostitutas o esposas?»

«Como prostitutas. Hay montones en China. Ya sabes que es un país muy grande y que hay muchas chicas. Los muchos de Hong Kong van a Shenzhen —por solo 50 dólares hongkoneses de transporte— y regresan con una. ¡Te lo estoy diciendo! Es por este motivo que las chicas de Hong Kong aman a los negros. Aunque, seguramente, dentro de poco, no lo hagan más. Ahora la civilización ha abierto muchos ojos. Las cosas ya han cambiado».

Samson parecía increíblemente relajado en lo que se refería a sus asuntos familiares. Donde yo veía complejidad, él veía un medio para conseguir un fin. Surfaba cualquier tumulto con la serenidad del macho alfa que ejerce un control total.

Aunque los chinos acusan a menudo a los africanos de cazar por dinero u otros beneficios no románticos, los chinos en realidad no son diferentes. Muchos de ellos se casan entre sí por las mismas razones y, además, en África se han comportado de manera similar. En su libro *El Segundo Continente de China*, el periodista estadounidense Howard French se reunió con inmigrantes chinos en el sur de África que admitieron haberse desposado con gente local con el propósito de obtener la residencia y adquirir tierras y negocios.

A los humanos nos gusta pensar que el dinero es profano y vulgar, mientras que el matrimonio es sagrado. Pero, en realidad, todo lo que nos ayuda a sobrevivir se vuelve sagrado. Mezclar el dinero y el matrimonio, tan impropio en nuestros tiempos románticos modernos, se vuelve inevitable cuando la supervivencia está en juego. El dinero se torna sagrado y la santidad del matrimonio puede devenir el acto más profano.



© Michael Whatley

Noo Saro-Wiwa nació en Port Harcourt, Nigeria, y creció en Inglaterra. Su primer libro, *Looking for Transwonderland: Travels in Nigeria* (Granta, 2012), recibió el galardón de libro de viajes del año de *The Sunday Times* en 2012 y el premio de literatura de viajes Albatros en Italia, en 2016. Su obra se ha traducido a varios idiomas.